

# LOS FORASTEROS DEL TIEMPO



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA  
Y LOS TRECE MOSQUETEROS

Roberto Santiago  
& Pablo Fernández

Primer  
capítulo



# LOS **FORASTEROS** **DEL TIEMP**



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA  
Y LOS TRECE MOSQUETEROS

Roberto Santiago  
Pablo Fernández





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en [www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)

LITERATURASM•COM

Primera edición: marzo de 2022

Dirección editorial: Berta Márquez  
Dirección de arte: Lara Peces

Ilustraciones de Guillermo Esteban Bustos  
basadas en el diseño gráfico original de Enrique Lorenzo  
Colorista: Santiago Lorenzo

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria.

© del texto: Roberto Santiago y Pablo Fernández, 2022  
© Ediciones SM, 2022  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-1392-369-7  
Depósito legal: M-4211-2022  
Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Caigo.  
Caigo.  
Caigo...  
A mi alrededor, el vacío.  
Pataleo.  
Grito.  
¡Y sigo cayendo!



¡Es un osezno!

Mientras seguimos dando vueltas agarrados el uno al otro, me mira atónito, con las orejas de punta.

No sé quién de los dos está más asustado.

El pequeño oso no comprende lo que está ocurriendo.

¡Un niño vestido de astronauta ha caído del cielo!

¡Y está rodando por una pendiente, enganchado a ese extraño ser!

Sé que todo esto parece una locura.

Pero es la verdad.

Vengo de la Luna.

Sí, ESA LUNA, la de ahí arriba.

Lo prometo.

Por eso voy vestido de astronauta.

Y he viajado con un dragón.

Con mi amigo Pug.

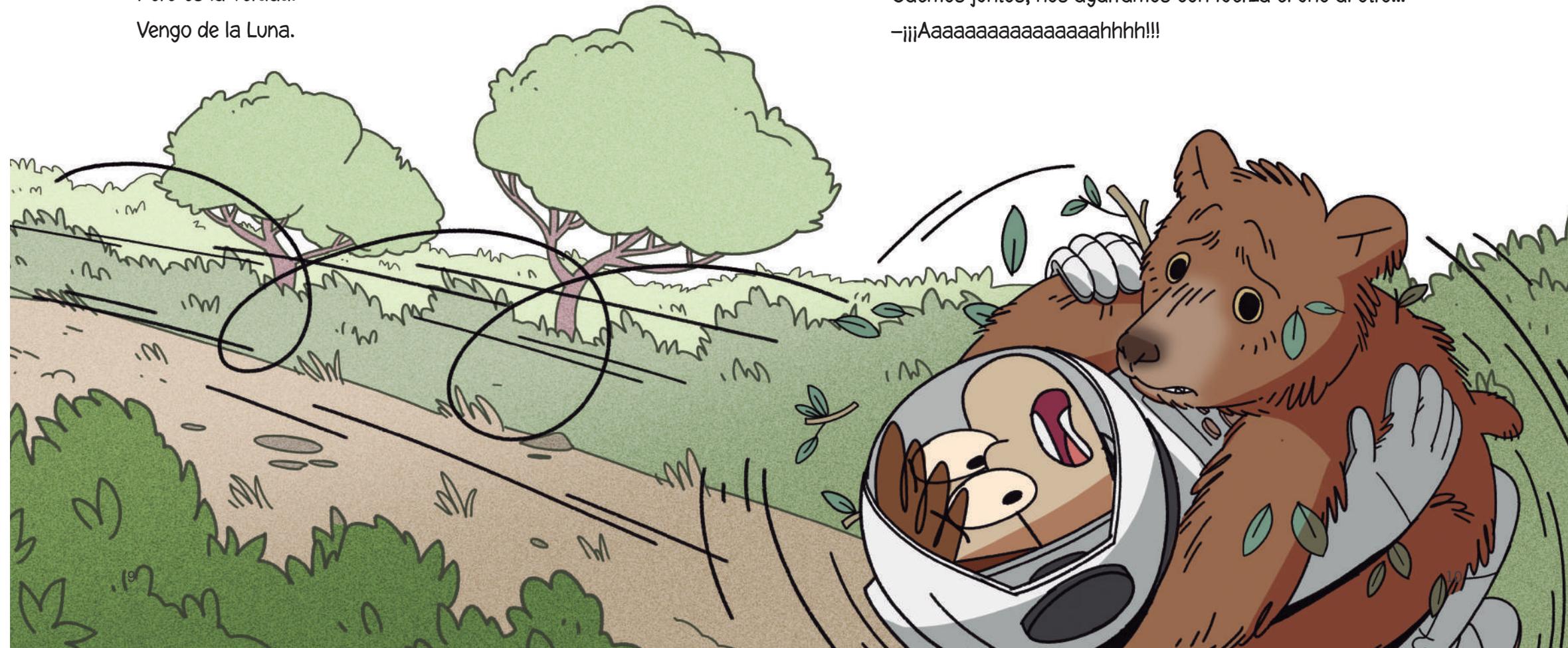
Ya lo explicaré todo más adelante.

Ahora tengo que resolver algunas cosas más urgentes.

El oso y yo caemos por un terraplén y nos precipitamos al vacío.

Caemos juntos, nos agarramos con fuerza el uno al otro...

-¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhh!!!



Frenamos de golpe.

Cuando parece que nos vamos a estrellar contra unas rocas, nos quedamos enganchados en una rama de abeto.

Bajo nuestros pies, un barranco.

Si Pug estuviera allí, podría salvarnos.

Pero no hay ni rastro del dragón.

–Lo siento –me excuso con el osezno–. No te asustes, no voy a hacerte daño.

El oso me mira extrañado, emite un gemido y se abraza a mí.

–Yo también preferiría estar con mi mamá –aseguro.

La rama se va doblando poco a poco, hasta que oímos un crac y se quiebra.

Caemos de nuevo, rebotamos y seguimos pendiente abajo.

–¡Ay! ¡Oy! ¡AUCH!

¡Esto no acaba nunca!

Al fondo, se oye el rumor de un arroyo cercano.

Entre golpes y más golpes, el osezno y yo nos precipitamos por una enorme cascada de agua.

Volamos varios metros y... ¡caemos a un lago!

¡Glub!

¡Glub!

Me hundo.

El agua está muy fría.

Chapoteo.

Tomo impulso.

Y después de unos segundos, saco la cabeza a la superficie.

El osezno está a mi lado.

Me mira como si todo lo que nos está ocurriendo fuera un sueño.

Pero es real.

Junto a la orilla, tras los árboles, puedo ver una casa con tejado de paja.

En la parte trasera, creo distinguir un corral con caballos y mulos.

–Será mejor que salgamos –digo.

Si mi padre estuviera allí, me diría: «Sebas, no hables con los animales».

Sebas soy yo.

Tengo once años.

Y a veces me da por hablar con los animales.

Osos.

Monos.

Dragones.

Animales de toda clase.

Aunque no me contestan, yo creo que me entienden.

El osezno y yo nadamos hasta la orilla y salimos del lago.

El casco de astronauta se ha llenado de vaho por dentro y de barro por fuera.

Pulso la palanca de apertura y me lo quito de una vez.

Tengo barro por todas partes, pero al menos estoy en tierra firme.

–Ya estamos a salvo... –comienzo a decir.

No puedo acabar la frase.

En ese instante, ¡una espada pasa volando a escasos centímetros de mi nariz!

Retrocedo.

Cinco hombres con capa roja y uniforme atacan a un muchacho.

El chico debe de tener unos dieciocho años. Es alto, flaco y desgarrado, con los ojos muy grandes.

Y es buenísimo con la espada.

O, mejor dicho, con el palo.

¡Está luchando con una rama que ha debido de coger del suelo!

¡Contra cinco hombres armados hasta los dientes!

El líder de los capas rojas es un gigantón de pelo oscuro, con una cicatriz en la mejilla en forma de relámpago.

Todos visten de un modo que me resulta familiar.

Reconozco sus mostachos y esas perillas tan particulares, y los sombreros, las botas altas, las casacas, las espadas con la punta como un agujón...

He visto ese aspecto cientos de veces, en las ilustraciones de mi libro favorito.

¡Exacto!

El libro que me leía mi madre por las noches.

El mismo que leía mi abuela cuando ella era niña.

*Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas.

Observo el duelo.

Los guardias acorralan al chico, que se defiende a duras penas.

Aquello tiene mala pinta.

El osezno tira de mí.

Debemos ponernos a salvo.

Pero aquellos hombres son unos abusones.

Cinco contra uno.

Y el muchacho ni siquiera tiene una espada de verdad.

Tengo que hacer algo, ayudarle de alguna manera.

¿Pero cómo?

Doy un paso al frente y exclamo:

–¡Deténganse, señores! ¡Basta de violencia!

Por un momento, dejan de pelear y me miran como si fuera una aparición.

–Ejem –digo–. Me llamo Sebastián Balbuena, aunque todo el mundo me llama Sebas. Buenas tardes. Ese uniforme me resulta familiar. Son ustedes mosqueteros, ¿verdad?

–¿Ha dicho que somos mosqueteros? –pregunta uno de los guardias.

–¡Odio a los mosqueteros! –dice otro.

–¡Los mosqueteros son cucarachas! –asegura el hombre de la cicatriz, que tiene un vozarrón–. ¡Soy Claude Chabrol, jefe de la guardia del cardenal, y nadie me insulta a la cara llamándome «mosquetero»!

Avanza hacia mí con su espada en ristre.

–¿Te he visto antes? –me pregunta–. Me suena esa cara de pillo.

–Creo que no, señor Chabrol –digo, retrocediendo–. No quería ofenderle.

–Y esa armadura tan extraña, ¿de dónde la has sacado? –dice contrariado–. ¡No me gustan los mocosos impertinentes y raros!

Sin más, ¡me lanza una estocada!

Pero el joven de los ojos saltones se interpone y desvía la espada con su palo.

¡Ufff, por los pelos!

Echo a correr, desconcertado.

–¿No te da vergüenza atacar a niños indefensos? –le reprocha el chico que me acaba de salvar–. Alguien con honor nunca lo haría.

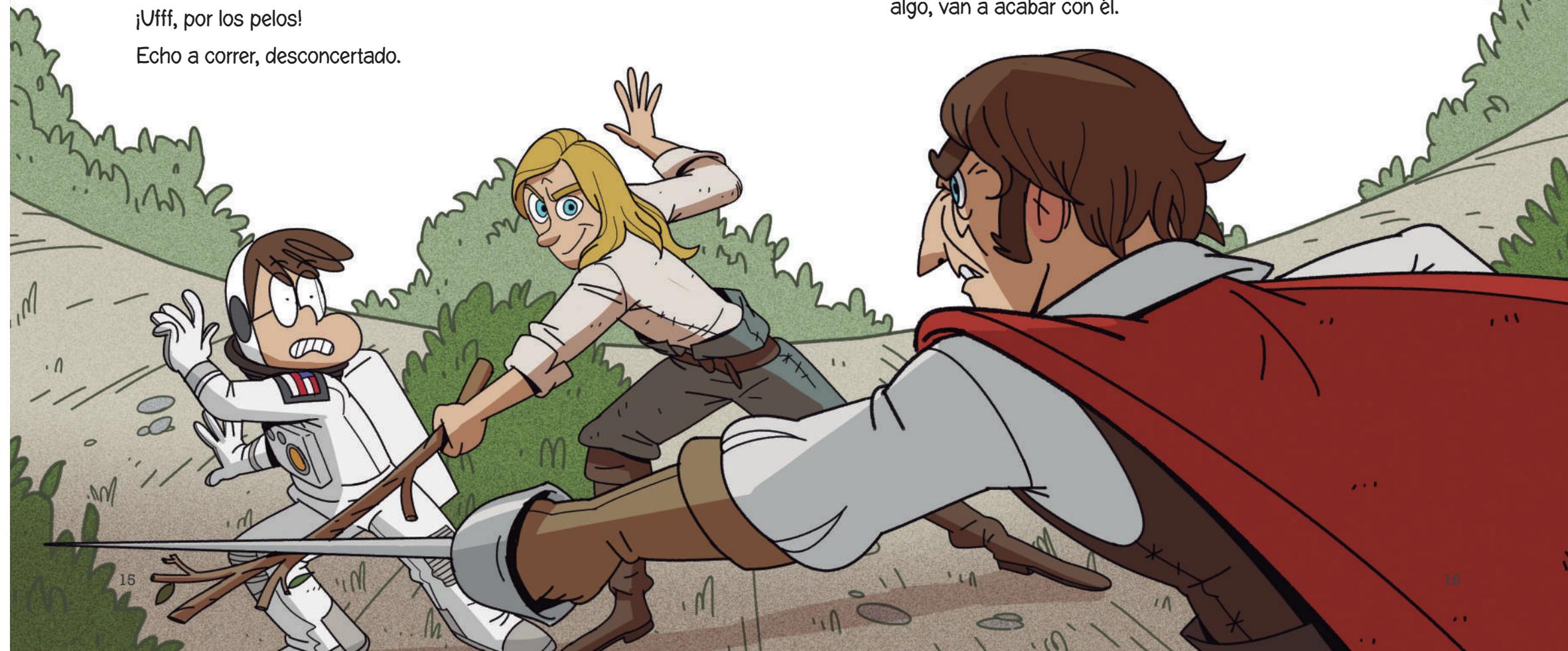
Chabrol le contempla con los ojos como platos.

–¡lba a tener clemencia contigo y despacharte rápido, pero ahora tendrás una muerte lenta y dolorosa! –ruge.

Se lanza furioso a por él, y todos sus hombres le siguen, gritando.

El chico salta, esquivando estocadas de todos lados.

Volvemos a la misma situación: está acorralado y, si no hago algo, van a acabar con él.





¡Pasa por encima a cuatro patas y se aleja!

El osezo la sigue, corriendo.

Antes de irse, el pequeño me lanza un gemido de despedida.

–Adiós, amigo –respondo, temblando del susto–. ¡Ha sido un placer conocerte!

–¿Hablas con los animales? –dice Dumas, rascándose la barbilla.

–Solo a veces –respondo–. Una cosa: ¿dónde estamos?, ¿y en qué año?

–Chabrol tenía razón –dice él–: eres muy raro. A pesar de todo, me has caído bien. Para tu información, te diré que estamos en el año del Señor de 1651, en los bosques de Versalles, cerca de París.

Me alegra oír eso.

El viaje en el tiempo ha salido bien.

¡Creo que estoy muy cerca de mi objetivo!

Ah, sí, se me ha olvidado comentar otro asuntillo aparte de lo de la Luna y el dragón y todo eso.

Acabo de viajar en el tiempo.

Y no es la primera vez.